

JOSÉ LUIS RIVAS

Una sola Helena

Para Eugenio Montejo

I

De allá viene su voz
de esa gigante medialuna de coral
que combate del lado de las huestes del mar
con sus agrias tenazas de escorpión

*La juventud sobre las rocas cuerpo
a cuerpo contra el viento*

La mar rompía con ronca violencia
Aquel navío
de gran proa redonda
—en pugna por seguir
a flote— daba tumbos
sin avanzar
Era el último turno
con luz de día

Una zona salobre de arrecifes
bastante al norte del puerto de Paros
*Cerca de cien kilómetros cuadrados
de superficie
si emerge toda al alba
durante la bajamar*

Cuando se ha perdido el rumbo
de entre voces de mando que se esfuman
de allá viene su voz

II

La veo en todas partes.
Acostada en el suelo,
sobre el islote de una alfombra
de dibujos análogos a la badana
con que ceñía a veces su cabeza.
O ya en la tarde,
paseándose con sus *bloomers* violeta por todo el malecón
—brazo de piedra múcara que rodea, ajado,
el talle palpitante de la bahía.

U oscilando rítmicamente sobre la punta de un pie,
ante el escaparate de céntrico almacén.
O sumida en el fondo de un hoyo funky,
fumando despaciosamente de su habano.
O apagándolo al punto para ponerse en pie
y largarse ante el acoso de algún paseante.

*Su larga cabellera, me dije, merece un nombre propio. Como un
navío de estreno o un cometa recién descubierto. Como la pri-
mera mujer, llámenla Helena, que se construyó una leyenda en
esta ribera.*

III

*Entre breñas bañada a cielo abierto,
acebran sucesivas sanguijuelas*

mi carne en sacrificio.
 Cora niña, soñaba mi agonía
 con lúcida premura,
 y columbraba un mar sin historia.
 Nada sabían
 los ojos de volverse,
 ni ansiaban conocer qué pasaría
 después. Sumida en la pura delicia,
 irrumpí en el edén
 alargando mis brazos
 como mujer fatal que se calza las medias
 llevando a cada pecho
 su mano que restira
 un tejido tenuísimo.

IV

Sólo a veces la llama verdosa de la gruta,
 a orillas de la mar con su estallido
 de islas o peces volantes.
 Otras veces un viento airado
 amaina de improviso
 delante de la ría;
 y en el recuerdo se compone
 un horizonte en brumazón.

Calor de la canícula,
¿por qué nos abochornas todavía?
 Nadie lleva su vista a la redonda.
 Cada quien, ah, repasa en el recuerdo
 redondeces de carne estremecida, una plegaria
 que desgranar las yemas de los dedos,
 procesiones que se alargan hasta la capilla marítima
 en paralelo con los pardos médanos...
 El foete de la ráfaga
 realza cada instante
 jarreatando faldas de muchachas
 que atizan esta hoguera!

Cruda racha del viento,
¿por qué la piel avivas a varazos?
 Dije que estaría cerca:
Abora y en la hora de nuestro deseo.
 Con lo que hiciera falta:
 una redoma ahumada de mariscos curtidos:
 cauris violadas
 entre tentáculos de escocidos pulpos
 (que miel y vino sazonan y reaniman).
 Y unas cuantas palabras que invocar:
De deseo, en su alma delicada se recome.

Pediré que me entierren en la arena al mediodía.
 Que me unjan con salmuera al sereno de siete noches.
 Que se me revele el que soy.
 Iré al encuentro, tentaleando
 a través tuyo, pasando revista a mi legión:
 entrañas constrictoras
 de caracol que me apresa en su asfixia.
 Aun la disolución extrema,
 en su espiral,
 me dejará un regusto insobornable.

Calor de la canícula... –